



Guerra ante el pesebre de Belén

No nos referimos a las Cruzadas. No nos referimos a la Guerra Mundial. Ni al choque intermitente y sangriento de árabes y judíos, en nuestros mismos días, en Tierra Santa.

Nos referimos a una batalla más universal y trascendente. A la batalla a muerte que se libra, a nuestros ojos, entre el mundo materialista y el mundo cristiano.

El espectador reflexivo lo puede percibir hasta en el alegre estruendo navideño de la Caracas de 1964.

La Noche Buena alcanza a Venezuela en la euforia de una recuperación económica que beneficia en algún grado, aunque en medida bien menudada, a las clases menesterosas.

El cielo impone la alegría

El cielo canta la paz e impone la alegría. Caracas, en esta hora nocturna navideña, sonríe con el fulgor de millares de luces.

En las antenas de televisión, en la cumbre de los edificios más elevados, en la cresta del Avila majestuoso, en el centro de los gigantescos bloques de El Silencio, fulgen estrellas que se diluyen en un torrente luminoso que se dirige a la tierra. Suenan escasos petardos, este año, felizmente, prohibidos. Desde varios ángulos de la ciudad llegan el son del tambor y las voces alegres de villancicos aguinalderos.

Los comercios —abiertos hasta la noche— se engalanan con motivos navideños. Caracas ha olvidado discusiones políticas y diferencias sociales, y hasta los atracos y las violencias de los extremistas.

Se acerca la noche de Navidad con su mensaje divino de amor y de paz.

¿Por qué no reconocer que en dos decenios se ha intensificado en Caracas el espíritu de Navidad?

Un esfuerzo reflejo y saludable ha resucitado las "parrandas", casi extinguidas hace veinte años. Este diciembre se han multiplicado en profusión impresionante. Lo mismo puede decirse de los pesebres hogareños, los arbolitos de Navidad, los motivos luminosos de la estrella de los Magos. Este pueblo —que podrá ser pecador y débil, pero que sigue siendo profundamente creyente— está saturado del espíritu de Navidad. Hasta la caridad se hizo más sutil e inteligente. Tal vez lllore en algún rancho olvidado una madre hambrienta y unos niños sin juguetes. Pero en Caracas serán raros. Un esfuerzo, oficial y privado, en proporciones consoladoras se ha realizado para llevar una lucecita de alegría a todos los hogares.

Creemos sinceramente que algo de inmenso templo cristiano tendrá Caracas en el silencio de la media noche en la Pascua de 1964.

Y es el frente luminoso de las mesnadas del espiritualismo en la gran batalla. Sería injusto no descubrirlo.

Los escuadrones del materialismo

Pero no vamos a cerrar los ojos ante los aspectos menos luminosos de la Navidad caraqueña. Y los vamos a delatar con una sinceridad cruel, que nuestros lectores encontrarán muy justa, ya que han de leer estas líneas en las horas de cansancio y las apreturas de la post-fiesta.

El comercio.—Hay exceso de derroche en la Navidad caraqueña. Exceso de regalos, de obsequios y de fiestas. Los grandes beneficiados son los comerciantes. Así como se han creado la fiesta de la madre, del padre, del niño, del telegrafista, del oficinista, del cartero... y hay que hacer regalos a los que incita una profusa propaganda comercial; así como se ha creado la moda pagana de la Semana Santa en la playa, alentada con una fascinadora propaganda del comercio en el ramo de prendas y accesorios de playa; se ha creado también la necesidad de las tarjetas de Navidad, aunque atraque el tráfico postal, y la otra más onerosa necesidad de los regalos navideños, que agotan las ansiadas utilidades de fin de año. La gente queda adeudada, pero el comercio hizo ya no **su agosto**, sino **su diciembre**.

¿Son culpables los comerciantes? No lo vemos del todo claro. La culpa es de la estupidez masiva y contagiosa de un pueblo que se enfermó con la riqueza fácil del petróleo. Los comerciantes la explotan sabrosamente. Ellos forman, consciente o inconscientemente, en las filas de los materialistas, adoradores del becerro de oro. No existe sólo un materialismo marxista. Existe también un materialismo burgués, un materialismo capitalista.

La fiesta pagana.—Es el aspecto más grave de nuestras reflexiones. No falta quien fomente técnicamente la paganización de las fiestas religiosas: las de Semana Santa y las de Navidad. Y se advierte una tendencia creciente de convertir en carnaval la alegría bullanguera de la Navidad.

Conocemos grupos de jóvenes cuyo programa son dos semanas de fiesta ininterrumpida. El supuesto descanso vacacional se convierte en cansancio de licor y de insomnio.

El espíritu de estas fiestas está muy distante de la sencillez, la humildad, la pureza y el silencio elocuente de la noche de Belén.

Los mismos grupos aguinalderos han declinado en letras nada religiosas. La vieja parranda navideña tenía cantos **a lo divino**: los villancicos para la Iglesia, sobre todo para las Misas de Aguinaldo; y los cantos **a lo humano**: generalmente, bromas ante o dentro de las casas de los amigos.

Este año han dominado en Caracas las gaitas maracaiberas, muchas de ellas con letras absolutamente ajenas al espíritu cristiano de la Navidad.

Conocemos consignas concretas del comunismo internacional para la paganización de la Navidad y de la Semana Santa. Muchos anticomunistas, que detestan exclusivamente el comunismo por el peligro de sus intereses materiales, las secundan ingenuamente.

El afán de los cristianos ha de ser imprimir sello cristiano a toda la vida pública. En este aspecto todos estamos llamados al apostolado. Los católicos conscientes deben percibir que también frente al pesebre de Belén combaten a muerte el espíritu y la materia.

Con estrategia premeditada tenemos que participar en esa contienda. Nuestras baterías han de dirigirse a profundizar la reunión familiar navideña: en el hogar, no en los clubs sociales. Aquella que añorábamos con impaciencia en la reclusión colegial al acercarse las vacaciones de diciembre. El hogar cálido, en que sonríe tal vez un padre anciano y llora de consuelo una madre atareada, mientras la prole numerosa canta la venida del Niño Dios ante los manjares exquisitos de la cena de Noche Buena.

Es lamentable decirlo. Pero ni siquiera ante el pesebre de Belén se nos concede una tregua en este mundo enguerrillado y sectario.

M. A. E.